

Capítulo 10

El Dios que escucha la oración

Daniel 10

Dejamos a Daniel, en el capítulo 9, mientras Gabriel le explicaba la visión que había recibido en el capítulo 8. El ángel le dijo que la primera parte de la profecía de 2.300 años se relacionaba con Jerusalén y el pueblo judío. Pero la profecía se extendía hasta el futuro, hasta el tiempo del fin. ¿Cuál fue el efecto de esta información sobre el profeta? Daniel ¿comprendió completamente el significado de esta profecía? ¿Entendió que una batalla por mantener a Israel en cautiverio estaba desarrollándose entre las fuerzas del bien y del mal? El décimo capítulo de Daniel corre la cortina y nos da un vistazo de esta lucha titánica. Proporciona la “historia interna” del conflicto de los siglos entre las fuerzas angélicas y las fuerzas demoníacas. Veamos esta controversia desde la perspectiva de Daniel.

En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar. La palabra era verdadera, y el conflicto grande, pero él prestó atención y entendió la visión. En esos días yo, Daniel, estuve afligido durante tres semanas. No comí alimento delicado, ni entró carne ni vino en mi boca, ni me ungué con perfume, hasta que se cumplieron tres semanas enteras (Dan. 10:1-3).

Daniel ya era un anciano en el tercer año del reinado de Ciro. Él había servido a Dios a lo largo de la historia del reinado de

Babilonia y ahora lo estaba sirviendo durante el reinado de los medopersas. Medopersia derrocó a Babilonia en 539 a.C. Así que, si Daniel hubiera tenido unos 17 años cuando fue llevado cautivo por Nabucodonosor en 605 a.C., tendría aproximadamente 87 en el tercer año del reinado de Ciro. Han pasado setenta años desde que los babilonios derrocaron a Jerusalén. Daniel sabía, por los escritos de Jeremías, que el período de cautiverio judío estaba llegando a su fin (Dan. 9:1, 2). Pero el pueblo de Daniel aún no había sido liberado de su cautiverio. “Comprendió que la visión tenía que ver con sucesos que ciertamente ocurrirían en el futuro” (Dan. 10:1, NTV). Daniel anhela la liberación; anhela que a su pueblo se le permita ir a casa, a Jerusalén, y adorar en un Santuario reconstruido. Él anhela que Dios cumpla su promesa, pero el tiempo señalado era largo, y Daniel está agobiado. Por eso, está de luto, ayunando y orando.

Esperando el regreso de Jesús

Podemos entender cómo se sintió Daniel. Hemos estado esperando mucho tiempo para que Jesús regrese. Poco antes de su crucifixión, Jesús les dijo a los discípulos:

“No se turbe su corazón. Ustedes creen en Dios, crean también en mí. [...] Voy, pues, a preparar lugar para ustedes. Y después que me vaya y les prepare lugar, vendré otra vez, y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, ustedes también estén” (Juan 14:1-3).

Han pasado dos mil años desde que Jesús prometió regresar. El tiempo ha sido largo. Esta Tierra gime por ser liberada. Hay hambrunas, terremotos y desastres naturales de todo tipo. Hay un aumento de la delincuencia y el desorden civil. Hay una adicción desenfrenada a las drogas, tiroteos masivos y hogares

quebrantados. Al igual que Daniel, quedamos llenos de consternación cuando miramos a nuestro alrededor, porque el tiempo señalado es largo. Daniel oró para que los judíos fueran liberados de su cautiverio y regresaran a Jerusalén. Oramos para que seamos liberados de la esclavitud del pecado y la muerte en este planeta, y que seamos llevados a casa a la Nueva Jerusalén, donde nuestro corazón será libre para adorar a Dios. Podemos identificarnos con Daniel.

Durante “tres semanas enteras” (Dan. 10:3), Daniel estaba de luto y oraba para que Dios liberara a su pueblo. Durante tres semanas enteras, mientras Daniel continuaba orando, parecía que nada esabaá sucediendo. Pasó una semana. Pasaron dos semanas. Tres semanas... y Dios no parecía estar respondiendo en absoluto. Daniel no ve evidencias visibles de que Dios esté escuchando.

¿Alguna vez has orado y, aparentemente, no has recibido ninguna respuesta? ¡A veces parece que nuestras oraciones suben solo hasta el techo y bajan de nuevo! No sentimos que Dios está presente o que él nos escucha. Así se sintió Daniel después de tres semanas de orar, ayunar y no obtener respuesta alguna. Entonces, ocurrió algo asombroso.

Alcé mis ojos y vi a un Varón vestido de lino y su cintura ceñida de oro de Ufaz. Su cuerpo brillaba como el berilo y su rostro parecía un relámpago; sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como bronce resplandeciente; y su voz sonaba como el estruendo de una multitud.

Solo yo, Daniel, vi esa visión. No la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y

se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión. Quedé sin fuerza y desfalecí, sin retener vigor alguno. Al oír el sonido de sus palabras caí desvanecido, rostro en tierra” (vers. 5-9).

Jesús responde las oraciones de Daniel

Durante tres semanas, Daniel aparentemente no había recibido una respuesta a sus oraciones. Ahora aparece un ser de deslumbrante brillo. El brillo de este ser es tan magnífico que Daniel realmente se desmaya al verlo. ¿Quién es este ser de resplandor deslumbrante que consideraba a Daniel tan amado que descendió del Cielo para estar a su lado?

El apóstol Juan vio a un ser similar en visión. Él describió a esta persona con estas palabras:

Vi siete candelabros de oro, y entre los siete candelabros vi a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies; tenía el pecho ceñido con una cinta de oro. El cabello de su cabeza era blanco como blanca lana, como nieve; sus ojos eran como llama de fuego. Sus pies, semejantes al bronce bruñido, acrisolado en un horno; y su voz, como estruendo de muchas aguas. [...] Su rostro era como el sol cuando resplandece en toda su fuerza (Apoc. 1:12-16).

La reacción de Juan a esta gloriosa visión fue muy parecida a la de Daniel. Juan dice: “Cuando lo vi, caí como muerto a sus pies” (vers. 17). Este ser glorioso que Juan vio no era otro que Jesucristo. Él le dijo a Juan: “Yo soy el primero y el último. Soy el

que vivo. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de siglos” (vers. 17, 18). La descripción de Jesús en la visión de Juan es casi idéntica a la descripción de Daniel del ser que vio en la visión.

Jesucristo es el Ser celestial que vino al lado de Daniel en respuesta a sus oraciones. Jesús vino para animar a Daniel, elevar su espíritu y darle esperanza. ¡Jesucristo mismo bajó del cielo para reunirse con Daniel!

Cuando parece que nuestras oraciones no están siendo escuchadas, Jesús está allí. Si nuestros ojos pudieran ver las realidades eternas, veríamos a Jesús a nuestro lado, asegurándonos que él está escuchando nuestras oraciones y resolviendo nuestras dificultades. Las promesas de Dios son ciertas. Cuando aparentemente nuestras oraciones quedan sin respuesta, podemos aferrarnos a estas promesas por fe:

“No temas, que yo estoy contigo.

“No desmayes, que yo soy tu Dios que te fortalezco.

“Siempre te ayudaré,

“siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isa. 41:10).

Porque él mismo ha dicho: “Nunca te dejaré ni te desampararé” (Heb. 13:5).

“Y yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20).

Cuando Daniel tenía poca seguridad de las respuestas directas de Dios a sus oraciones, él tenía certeza por la fe: el Cielo estaba obrando en su favor. Nosotros también podemos tener la seguridad de que cada oración sincera ofrecida con fe viva se aloja en el corazón y la mente de Dios, y será respondida en el momento y en la forma que él considere mejor.

Daniel siguió orando durante tres semanas, aunque parecía que nada estaba sucediendo y Dios no estaba escuchando. Pero Jesús estaba escuchando, y vino a sostener a Daniel en su tiempo de necesidad.

En el libro de Daniel, no se representa a Jesús sentado en su Trono, lejos en el Cielo, y separado de su pueblo en la Tierra. En el capítulo 2, él es el que revela el sueño del rey a Daniel. En el capítulo 3, él es el “Hijo de Dios” que desciende para pararse en medio del horno de fuego con Sadrac, Mesac y Abed-nego. En el capítulo 5, él escribe en la pared de Belsasar. En el capítulo 6, cierra la boca de los leones. En los capítulos 7 y 8, él es el centro del Santuario, el Cordero que fue sacrificado por nuestros pecados y nuestro Sumo Sacerdote intercesor, que provee fortaleza para cada necesidad nuestra. En el capítulo 9, él es el Mesías venidero. Y aquí, en el capítulo 10, es el que escucha la oración. Él escuchó la oración de Daniel, y también escucha nuestras oraciones.

Daniel se desmayó al ver a Jesús en su visión. Él se postró sobre su rostro en el suelo, y todas sus fuerzas lo abandonaron (Dan. 10:8, 9). De repente, siente una mano en su hombro, y logra levantarse sobre sus manos y rodillas (vers. 10). Un ángel ha venido a explicar lo que Daniel acaba de ver.

El ángel dice:

“Daniel, varón muy amado, atiende las palabras que te hablaré. Levántate sobre tus pies, porque he sido enviado a ti”. Cuando me dijo esto, me puse en pie temblando.

Él siguió diciendo: “Daniel, no temas. Desde el primer día que aplicaste tu corazón a entender y a humillarte ante tu Dios, fueron

oídas tus palabras, y a causa de ellas yo he venido” (vers. 11, 12).

¿Qué sucede detrás de escena cuando oramos?

Daniel había orado durante tres semanas sin una respuesta aparente de Dios. ¡Sin embargo, el ángel le dice que sus palabras habían sido escuchadas en el Cielo desde el primer día que comenzó a orar! ¡Jesús estuvo escuchando las oraciones de Daniel todo el tiempo! Él apareció en una visión para que Daniel pudiera estar seguro de su amor por él. Dios amó a Daniel, y él nos ama a ti y a mí también. Cuando te sientas deprimido y no haya nada más que oscuridad a tu alrededor, recuerda que eres grandemente amado por el Cielo y que Jesús está escuchando tus oraciones.

La Biblia nos anima, en muchas partes, a orar. Pero ningún otro lugar en la Biblia explica tan claramente lo que sucede detrás de escena cuando oras, como lo hace Daniel capítulo 10. Describe la gran lucha que está sucediendo entre el bien y el mal, y cómo nuestras oraciones afectan el impacto que la lucha tiene en nuestra vida personal. El capítulo 10 revela el gran conflicto entre Cristo y Satanás; desvela los misterios de la oración.

El ángel le explica a Daniel por qué el Cielo tardó tanto en responder su oración. Daniel había estado orando durante tres semanas. El ángel le asegura que sus oraciones fueron escuchadas desde el primer día que comenzó a orar. Quería ir a Daniel inmediatamente. Pero había un problema.

El ángel dice: “Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días. Entonces Miguel, uno de los principales príncipes, vino en mi ayuda, y yo quedé allí con los reyes de Persia. He venido ahora a explicarte” (vers. 13, 14).

El ángel le dice a Daniel: “Voy a explicarte por qué, aparentemente, no hubo respuesta a tu oración. Voy a hacer que eches una mirada entre bastidores al gran conflicto que está ocurriendo entre el bien y el mal. Cuando oraste, tus oraciones subieron al Cielo. Dios estaba tratando de tocar el corazón de Ciro, el rey de Persia, para que ayude a tu pueblo. Pero el problema es que el príncipe del reino Persia se interpuso en el camino”.

El príncipe del reino de Persia

¿Quién es este príncipe del reino de Persia?

Consideremos algo que Jesús dijo en el Evangelio de Juan: “Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31). ¿Quién es el príncipe de este mundo? Satanás. Si Satanás es el príncipe de este mundo, entonces, ciertamente era el príncipe del reino de Persia. Satanás estaba batallando para que las oraciones de Daniel no fueran respondidas, al influir en la mente de Ciro, incitándolo a evitar que los israelitas regresaran a Jerusalén para reconstruir su ciudad.

En su carta a los Efesios, Pablo escribió: “En ellos [delitos y pecados] anduvieron en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos desobedientes” (Efe. 2:2). Satanás es el príncipe del poder del aire, el que obra en aquellos que son desobedientes a Dios.

Satanás, el príncipe del reino de Persia, estaba luchando contra Dios. Él estaba haciendo todo lo posible para evitar que las oraciones de Daniel fueran respondidas. El ángel de Dios estaba luchando contra Satanás. Ambos estaban luchando por la mente

del rey Ciro. Dios nunca coacciona la voluntad. Él nunca nos obliga a obedecer. Él busca influir en nosotros por medio del Espíritu Santo. Él nos ayuda y nos anima. Pero no nos fuerza ni nos manipula. Somos libres, al final, de tomar nuestra propia decisión. Dios nos ha dado libre albedrío, y él continúa respetando nuestra libertad de elección, incluso en los asuntos cruciales del Gran Conflicto.

Sin embargo, cuando oramos a Dios en busca de ayuda, nuestras oraciones abren nuevos canales para que Dios obre. Debido a las oraciones de Daniel, Dios pudo enviar mayores fuerzas de poder espiritual para abrir la mente de Ciro a la conducción del Espíritu. Él pudo enviar a su ángel a luchar directamente contra Satanás. Durante 21 días, la batalla se libró entre Satanás y las fuerzas de Dios.

¿Qué habría sucedido si Daniel hubiera dejado de orar después de una o dos semanas? La batalla bien podría haberse perdido. Satanás bien podría haber ganado. Nunca debemos dejar de orar. Sigue levantando la mano de la fe cada vez más alto. Si dejamos de orar, dejamos la batalla abierta para que Satanás la gane.

Miguel defiende al pueblo de Dios

El ángel le dice a Daniel que “Miguel” vino a ayudarlo en la lucha con Satanás. ¿Quién es Miguel?

Miguel es nombrado solo cinco veces en la Biblia y, cada vez, está en conflicto con Satanás. Apocalipsis 12 dice: “Hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón y sus ángeles combatieron; pero estos no prevalecieron” (vers. 7, 8). Así que, Miguel tiene ángeles que son leales a él. El versículo 9 identifica al dragón como Satanás, y dice que él y sus ángeles fueron expulsados del Cielo.

Quienquiera que sea Miguel, tiene la autoridad para expulsar a Satanás del Cielo, y es lo suficientemente poderoso como para expulsarlo de allí.

En su carta, Judas habla de que Miguel contendió con el diablo sobre el cuerpo de Moisés (Jud. 1:9). Recuerdas que Moisés murió antes de poder entrar en la Tierra Prometida. Sin embargo, Moisés y Elías aparecieron en la montaña con Jesús cerca del final de su ministerio en la Tierra. Así que, Moisés fue aparentemente resucitado después de morir allí en las fronteras de Canaán. Satanás quería mantener a Moisés en la tumba, pero Miguel contendía con el diablo por el cuerpo de Moisés, y prevaleció. Así que, quienquiera que sea Miguel, tiene el poder de derrotar a Satanás y resucitar a Moisés de entre los muertos.

¿Quién tiene la autoridad suficiente para expulsar a Satanás del Cielo? ¿Quién tiene la autoridad y el poder necesarios para resucitar a alguien de entre los muertos? Jesús es aquel que tiene esa autoridad y ese poder. Miguel es uno de los nombres de Jesucristo. Hay muchos nombres para Jesús. Él es conocido como el Cordero de Dios, porque es nuestro sacrificio por el pecado. Él es la “Puerta” al redil de las ovejas. Él es la “Roca de los siglos”. Él es el “León de la tribu de Judá”. Él es el “Príncipe de Paz”, el “Buen Pastor”, la “Rosa de Sarón” y el “Lirio de los valles”. ¿Por qué hay tantos nombres para Jesús? Porque él es todo para nosotros. Y Miguel es uno de los nombres de Jesús.

Algunas personas se confunden con el nombre de Miguel, porque Judas 9 usa la expresión “Miguel el arcángel”. He aquí algunas cosas para tener presentes. Primero, Jesús ciertamente no es un ser creado. Él no es un ángel, sino que es el Comandante y Jefe de todos los ángeles. En Daniel 10:13, la lectura marginal para la expresión “uno de los príncipes” es “el príncipe principal”. Jesús es eterno. Nunca tuvo un comienzo y nunca

tendrá un final. Él es el Hijo divino de Dios (Miq. 5:2; Juan 1:1-5; 8:58). Los ángeles son seres creados. Jesús ha existido desde los días de la eternidad. Pero Jesús tiene una función especial en el plan divino. Él no es solo nuestro Creador, nuestro Redentor y nuestro Sumo Sacerdote, sino también nuestro Rey venidero. Como tal, es el Comandante en Jefe de todos los ángeles. Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27). El apóstol Pablo usa el título de arcángel, o comandante de los ángeles, para relacionarlo con Jesús cuando él venga en gloria para llevarnos a casa.

Porque el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes, a recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4:16, 17).

Miguel, el poderoso Conquistador, un día finalmente derrotará a Satanás, vencerá los poderes del infierno, y nos librerá de este “presente siglo malo” (Gál. 1:4).

Miguel es un nombre especial. Es el nombre que Dios usa para describir a Cristo como el Comandante en Jefe de todos los ángeles. Miguel es el nombre de Jesús que enfatiza su poder sobre Satanás. Cuando necesitamos fuerza extra, Miguel acude a nosotros. Cuando necesitamos energía extra, Miguel viene en nuestro socorro. Cuando necesitamos vencer a las fuerzas del infierno, allí viene Miguel.

Recuerda, en los últimos días, habrá un tiempo de angustia, y todas las fuerzas del infierno se ensañarán contra el pueblo de Dios. La Biblia dice: “En ese tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo” (Dan. 12:1).

En el tiempo del fin, cuando los poderes del mal estén en su máximo esplendor, necesitaremos toda la ayuda que el Cielo pueda proporcionar. Ahí es cuando Miguel se levantará y nos librará de Satanás. Cada vez que leemos de Miguel en la Biblia, hay liberación. Cuando necesitamos poder en nuestra vida, Miguel viene en nuestro auxilio. Cuando el diablo nos está oprimiendo, Miguel viene a librarnos.

En los últimos días, la mente de los hombres y las mujeres estará envuelta en tinieblas. Satanás mismo tomará el mando de la batalla, sabiendo que el tiempo es corto. En la batalla entre el bien y el mal, en la batalla entre Cristo y Satanás, cuando sentimos que las tentaciones de Satanás son abrumadoras y no podemos continuar, es cuando Miguel se pone de pie y nos libra. No necesitamos temer. Nuestro Señor Jesucristo es el poderoso Libertador y, pronto, regresará para llevarnos a casa.